



Los Mandamientos en familia (I)

BRUNO FERRERO

A pesar de lo que parece indicar su nombre, los Diez Mandamientos no son más que pistas firmes para orientar la vida y la relación con los demás. Quien los interpretara y viviera literalmente, correría el riesgo de perder lo más rico de sus contenidos y enseñanzas.

Jesús mismo enseñó que todos los mandamientos se reducen a una cuestión de amor a Dios y de amor al prójimo. Como la familia es el lugar donde nace y crece nuestra experiencia del amor, cada mandamiento puede ser aplicado, razonablemente, a la vida familiar.

EL PRIMER MANDAMIENTO

Con el primer mandamiento, Dios enseña que la primera regla de toda relación es la primacía y la exclusividad. La persona amada tiene que tener el primer puesto en la vida: "tú eres lo más importante para mí". Aunque luego, el trabajo, la televisión, los pasatiempos o alguna mascota puedan desplazarla del primer lugar. Cada integrante de la familia tiene que sentir que es el primero para los demás. El amor - también el de Dios- exige exclusividad. Por eso es necesario estar juntos, no interrumpir a los otros cuando hablan, llamar a cada uno por su nombre, ser motivo de alegría para los demás.

EL SEGUNDO MANDAMIENTO

El segundo mandamiento indica: "No tomar el nombre de Dios en vano". Que no quiere decir sola-

mente no blasfemar, no jurar o no maldecir, sino sobre todo, reconocer la dignidad y el lugar de Dios en la vida. Y el derecho de toda persona a tener su propia dignidad, porque todos hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. La familia tiene que ser un lugar de cortesía y buen comportamiento y no -como algunos creen- un lugar donde todo vale, "porque estamos entre nosotros" ... No tiene que haber espacio para tonterías, groserías o "palabrotas". ¡Nadie puede ridiculizar o burlarse de los demás, especialmente de los más débiles o los más pequeños, porque "como estamos en familia, no va a pasar nada"! Este mandamiento exige, además, ser personas "de palabra", no envanecerse por tener amistades o conocidos "importantes", ser uno mismo con sencillez y sin prepotencias, cuidar la presentación y los buenos modales como signos de nuestro ser imágenes de Dios.

EL TERCER MANDAMIENTO

El tercer mandamiento dice: "Acuérdate de santificar las fiestas". Cuentan que mientras los nobles romanos ridiculizaban el Sabat judío porque expresaba la pereza del pueblo, los maestros de la Biblia se esforzaban en hacer entender que las personas humanas valen por sí mismas y no por su capacidad de producir. El gran regalo del domingo es esta posibilidad de liberarse de las preocupaciones habituales y ponerse en contacto con lo sagrado, con lo profundamente alegre y festivo.

Aún hoy, muchos siguen creyendo que, en las relaciones humanas, "la calidad del tiempo" es más importante que "la cantidad". Es una idea que surgió en los años '70, a partir de la inconsistente teoría de que, dedicando plenamente quince minutos a los hijos, se compensaba el hecho de estar ausentes de la casa durante todo el día. Varias investigaciones realizadas en Europa desacreditaron rápidamente este mito: se preguntó a los niños si preferían tener media hora "de calidad" al día con sus padres o si preferían tenerlos en casa cuatro horas, aunque estuvieran ocupados en los asuntos cotidianos. Los niños eligieron invariablemente la "cantidad": ellos quieren ver a sus padres, quieren saber que no están solos y sentirse seguros, aunque no reciban de ellos una atención permanente.

Los días de la semana son para las cosas urgentes, el domingo es para las cosas importantes. Es importante "celebrar" juntos la dimensión espiritual y religiosa del Día del Señor. Se descubrirá así la sabiduría de este tercer mandamiento: dedicar un día semanal a llenarnos de espiritualidad, de amor, de serenidad, de alegría compartida. Y hacer que la vida familiar tenga también estos momentos "sagrados", oportunidades de alegría y de fiesta, de actividad estimulante, agradable y tranquilizadora.




Lo principal de estos momentos especiales es estar realmente juntos. No se trata sólo de una cercanía física. Estar en la misma casa no significa necesariamente vivir estos momentos especiales. Estar juntos significa estar "en sintonía". Un padre y un hijo que miran un partido por televisión o van juntos al estadio pueden estar "en sintonía" o pueden no estarlo. Si el adolescente siente que para su padre el partido es más importante que estar con él, igualmente se sentirá solo. Si descubre que para su padre es más importante mirar el partido y también estar con él, se establecerá la relación y se sentirá querido y reconocido.

Los adolescentes enfrentan mejor los desafíos de su crecimiento si los padres son parte de su vida cotidiana. En el mismo sondeo sobre "tiempo de calidad o cantidad de tiempo", los adultos expresaron que lo que más echaban de menos de su adolescencia era la poca implicación de los padres en sus vidas. Los adolescentes quieren que sus padres estén y participen. Con esta presencia, los padres están transmitiendo el mejor de los mensajes: "Eres importante para mí. Me interesas más que nada en el mundo".

EL CUARTO MANDAMIENTO

Con el cuarto mandamiento, "Honra a tu padre y a tu madre", Dios nos dice que Él nos ha dado la vida a través de nuestros padres. Que tenemos una deuda que nunca podremos saldar o recompensar. Y que

es indispensable, demostrarles gratitud y respeto durante toda la vida. "Honrarlos" significa sentirlos como guías de nuestras vidas, incluirlos en las decisiones más importantes, vivir su presencia y su amor como la fuerza más grande y esencial de la vida y hacer del reconocimiento y de la gratitud una dimensión fundamental de nuestra existencia. 

La oración de los 5 dedos



1. El dedo pulgar es el que está más cerca de ti. Así que comienza orando por aquellos que están más cerca de ti. Son los más fáciles de recordar.

2. El próximo dedo es el índice: Ora por los que enseñan, instruyen y curan. Ellos necesitan apoyo y sabiduría al conducir a otros por la dirección correcta.

3. El siguiente dedo es el más alto. Nos recuerda a nuestros líderes. Ellos necesitan la dirección divina.

4. El próximo dedo es el del anillo. Sorprendentemente, este es nuestro dedo más débil. El nos recuerda orar por los débiles, enfermos o atormentados por problemas.

5. Y finalmente tenemos nuestro pequeño dedo, el más pequeño de todos. El meñique debería recordarte orar por ti mismo. Cuando hayas terminado de orar por los primeros cuatro grupos, tus propias necesidades aparecerán en una perspectiva correcta y estarás preparado para orar por ti mismo de una manera más efectiva.